



NO ME CUENTES CUENTOS

*100 mujeres españolas
que cambiaron la historia
y el cuento*



No me cuentes cuentos recoge las vidas únicas y fascinantes de cien mujeres españolas dignas del mejor de los cuentos. Hay un montón de mujeres extraordinarias, está demostrado. Y algunas están asombrosamente cerca. Este libro recoge, en forma de cuento, las vidas extraordinarias de cien mujeres españolas. Gloria Fuertes, Alaska, Carmen Balcells, Montserrat Caballé, Lola Flores, Margarita Salas, Rosalía de Castro y muchas más mujeres que cambiaron el mundo. Nuestro mundo.

AGRADECIMIENTOS



Este libro que tienes entre las manos nació de la iniciativa de un grupo de periodistas que se dio cuenta de que, pese a la cantidad de literatura sobre mujeres que aparecía en las librerías, no había ningún volumen que recogiera el talento español del pasado y del presente. Primero, elaboraron una lista de candidatas, tarea que no fue fácil porque, a medida que se alejaban del siglo XX, escaseaban las que habían trascendido, lo mismo que ocurría en campos como la ciencia donde, en muchos casos, su trabajo había pasado desapercibido. Sin embargo, el listado llegó a incluir a más de doscientos personajes que dejaron inicialmente en cien para poder empezar por algún sitio. Después, escribieron los primeros cuentos y comenzaron a publicarlos en internet y enseguida empezaron a sumarse al proyecto todos aquellos que oían hablar de él, entusiasmados con la idea.

No me cuenten cuentos es el resultado de la contribución desinteresada de casi ciento cincuenta personas, entre autores, ilustradores, editores y traductores, la mayoría mujeres. Suyo es este libro porque, sin su esfuerzo y dedicación, no habría sido posible abordar esta obra, que reúne mujeres españolas de todas las épocas, de toda la geografía española y de las profesiones más diversas.

Esperamos que todas ellas sirvan de inspiración a las niñas que empiezan a pensar en su futuro para que sepan que, antes que ellas, otras mujeres recorrieron con valen-

tía y determinación el camino que ellas están a punto de emprender.

Todos los beneficios obtenidos con la venta de este libro por parte de las autoras irán destinados a la Fundación Anar, que lleva casi cincuenta años atendiendo a menores de edad con problemas o en situación de riesgo.

MUJERES DE ALTAMIRA

El arte en sus manos



CUENTO: BELÉN CHILOECHES | ILUSTRACIÓN: MYRIAM VARELA



Hace mucho mucho tiempo, hace miles de años, durante la prehistoria, una niña vivía con su familia en unas cuevas cerca del mar, en lo que ahora conocemos como Cantabria.

Unos días eran más largos y otros más cortos, todavía el verano no tenía nombre, y tampoco lo tenía el invierno. Muchas cosas se iban inventando sobre la marcha.

Aquella familia era muy grande, era una tribu en la que todos trabajaban juntos y se cuidaban los unos a los otros. Todos los días, los miembros de la tribu cooperaban en equipo para conseguir comida. Los niños y niñas de la tribu ayudaban a los mayores a encender el fuego y a construir con piedras y huesos las herramientas que necesitaban para cazar, para pescar y para recolectar y transportar los alimentos.

Los días que no les tocaba cazar, a la niña y a su madre les gustaba pintar con trazos sencillos a los animales que veían. La madre enseñaba a su hija a fabricar pinturas con pigmentos naturales. Pintaban bisontes, caballos o cier-

vos. También dejaban las marcas de sus manos tocando las paredes, junto a los animales, como queriendo calmarles de la oscuridad de la cueva... sin saberlo, se habían convertido en las primeras artistas del mundo.

Una noche de tormenta, mientras la tribu descansaba de un largo día de trabajo, la niña se adentró hacia las profundidades de esa cueva, hasta un lugar al que nadie había llegado antes. Llevaba consigo los preciados pigmentos, eligió el lugar más bonito de aquella pared de roca, pintó su mano con pigmento y la extendió sobre la pared para que se quedara grabada como queriendo decir «Esta soy yo y aquí estoy».



Un día, hubo un derrumbe en la cueva y la entrada quedó bloqueada. Aquella tribu tuvo que abandonarla y buscar otra cueva segura donde refugiarse. Así que, las pinturas y la huella de la niña quedaron sepultadas en su interior sin que nadie las viera durante mucho tiempo.

Tendría que ser otra niña la que, trece mil años después, las descubriera. Fue en un paseo con su padre por los alrededores de su casa, en una zona llamada Altamira. Se adentraron en una de las grietas que habían quedado al descubierto con el paso de los años y que daban acceso a la cueva.

Su padre le había contado que en aquellas cuevas habitaron las personas de la prehistoria. Y a la niña, que se llamaba María, le gustaba imaginar cómo debía de ser la vida de los niños prehistóricos de los que hablaba su padre, haciendo fuego, sin cole y desayunando ricos filetes... estaba agotada del camino y decidió sentarse en el suelo a descansar. Al levantarse, de repente, vio el techo de la cueva:

—¡Mira, papá! ¡Hay bueyes pintados!

Su padre soltó las piedras que llevaba en las manos, miró con ojos como platos al techo y las paredes de la cueva y se quedó sin palabras.

Después del descubrimiento de María, unos científicos dijeron que las pinturas de la cueva eran muy antiguas, del Paleolítico, y que algunas podían tener más de 36 000 años. También dijeron que como las escenas de los animales representaban la caza, los pintores debían de haber sido los hombres que cazaban y vivían en las cuevas... nadie se fijó en que, junto a los animales, estaban también marcadas las manos de los artistas.

Tuvieron que pasar más años todavía hasta que alguien mirara bien aquellas manos y empezara a hacerse preguntas: ¿quién había dejado esas marcas?, ¿por qué estaban ahí?

Midieron los dedos, los volúmenes y las formas. Hicieron algoritmos y fotos, compararon mucho y al final de los estudios dijeron que estaban seguros de que la mayoría de las manos pintadas en la cueva eran manos de mujer y que una de ellas, la de menor tamaño que se encontraba

en la zona más alejada de la entrada, tenía que ser de un niño... o de una niña.



Y así es como ha llegado hasta nosotros el legado de las mujeres que vivían entre rocas decoradas por ellas.

Tenían las manos manchadas con carbón y pigmentos naturales y con esas mismas manos con las que cazaban y encendían el fuego, también acariciaban y protegían a sus hijos del paso del

tiempo, del olvido y
de las historias a me-
dias.



ALASKA

La bruja de colores



CUENTO: LA GATA MINGUÍA | ILUSTRACIÓN: NURIA PALENCIA



Érase una vez una tarde suave de primavera y un patio de flores. Charlaban allí Eva y su tía Emma. La joven Eva estaba muy nerviosa.

–Es mi primera fiesta importante. Una fiesta de disfraces es guay, pero tienes que ir súper. Y no tengo ni idea de qué ponerme.

–Espera, que acabo de regar las caléndulas y saco el costurero. Algo saldrá de esa caja mágica –replicó la tía.

–¿Caléndulas? Siempre usas palabras raras. ¿No podías tener un patio de rosas como todo el mundo?

–Las caléndulas impiden que te fríen los mosquitos, los espantan.

–Pero es más normal tener rosas.

–Normal, dices. ¡Esa sí que es una palabra rara! Te voy a contar la historia de una persona súper a la que no le importa nada ser normal.

Eva resopló con resignación. ¡Ella solo quería un disfraz! Pero todos los que se le ocurrían eran un poco raros:

detective, vaquera del oeste, directora de orquesta, pirata...

–Había una vez una niña, de nombre Olvido, que vivía en México.

–¿Olvido?

–Olvido era especial. Desde pequeña, sentía la necesidad de contar historias y de actuar. Su madre, América, lo sabía y siempre la apoyaba.

–América, otro nombrecito...

–Es un nombre precioso.

–No sé... es raro –insistió Eva.

–Olvido abandonó México y llegó a España con apenas quince años. Al principio le costó adaptarse. La vida en Madrid no se parecía en nada a México. Olvido se sentía como un bicho raro. Siempre inquieta, un día decidió que no iba a tratar de parecerse a los demás, así que se colgó una guitarra al hombro y con su amigo El Zurdo formó el grupo Kaka de Luxe. Hacían punk, como *rock* a toda mecha. También fundó una revista: *Bazofia*. Y hasta se cambió el nombre; decidió llamarse Alaska. Pronto empezó a formar parte de una «movida» en la que ser un poco raro molaba más.

Volaba la imaginación de Eva. ¿Alaska? Eso es una zona de América... es como llamarse Albacete. ¿Y un grupo que se llama «caca»? ¿Qué es «bazofia»? ¿Y qué «movida» rara es esa?



–Y esto no fue todo –prosiguió la tía Emma–. Alaska montó más grupos: Pegamoides, Dinarama, Fangoria... Tenía y tiene mucho éxito. Una imagen impactante: el pelo naranja o rapado y con trenzas o con plumas... Y aunque vista de negro, siempre me parece una bruja de colores: le salen de dentro. Y también es actriz. Imagínate, con solo veinte años hizo una película con Pedro Almodóvar. ¡Ah! y cuando yo tenía tu edad, hacía un programa en la tele maravilloso: *La bola de cristal*. ¡Vaya pintas, vaya amigos y qué gran programa! Y ahí sigue Alaska, cantando, bailando en la tele y haciendo lo que le gusta sin parecerse a nadie.

La pequeña escuchaba fascinada.

–Tía Emma, Alaska mola. Pero no es muy normal, ¿no?

–¿Qué es ser normal? ¿Estar dentro de la norma? ¿Hacer lo que todos hacen? ¿Y qué pasa si no lo haces?

La tía Emma sonrió a Eva y le ofreció el costurero. Eva lo agarró y dijo:

–Tía Emma, ¿me ayudas a hacerme un disfraz de Alaska?



Y así fue como Alaska se convirtió en un icono haciendo todo lo que le gustaba: cantar, componer, actuar en películas y presentar programas de televisión.



DOLORS ALEU

Primera mujer licenciada en Medicina de España



CUENTO: ARANTZA COULLAUT | ILUSTRACIONES: ÓSCAR TORRAS



ESCENA 1

Metro de Madrid. En la actualidad.

–¡Hola tía!

–¡Hola!

–¿Qué haces?

–Buscando información sobre Dolors Aleu. ¿Cómo os imagináis a la primera mujer médico?

–No sé... Yo creo que con ganas de curar a muchas personas, valiente y amable...

–Pues yo me la imagino como una científica.